

ELLA Y ÉL, CUENTO DE M. AIGUEPERSE (I), dibujo de Luisa Vidal

He contado esta historia a dos personas.

La primera, una buena madre de familia, permaneció largo rato silenciosa; luego dejó escapar de su pecho un suspiro y como si hablara consigo misma, dijo:

—¡Es muy triste!

La segunda, un soltero, casi un solterón, soltó una gran carcajada y oprimiéndose los costados repitió varias veces:

—¡Tiene gracia!
¡Tiene muchísima gracia!

¿Cómo explicar dos efectos tan diferentes?
¿Y qué decir, en presencia de ellos, del axioma filosófico de que «las mismas causas producen los mismos efectos»?

«¡Estado de alma!,
dícese hoy en día.

A los aficionados a esa clase de investigaciones de misterios del corazón; a los que gustan de disecar para descubrir nuevas fibras, se les podría preguntar:

«La psicología, ¿es una ciencia o es un arte?»

He aquí mi historia:

Un matrimonio joven: Alicia y Julián, si os parece bien.

Alicia, graciosa, instruida, amante, y sobre todo dotada de una delicadeza de sentimientos sin par.

Julián, inteligencia mediocre, alma un poco vulgar bajo unas apariencias seductoras; en suma, lo que se ha convenido en llamar «un buen muchacho».

Cuando se casó, las personas que no querían mentir contestaban a los que se informaban de sus cualidades:

«Su padre es un hombre digno, muy digno, muy estimado; su madre es de baja alcurnia, pero posee una fortuna considerable.»

Julián había fracasado en todos sus exámenes y gracias a la influencia de un amigo, había sido colocado en una oficina importante.

Sus amigos le querían y lo encontraban generoso; pero le daban broma con frecuencia, en gran parte porque había en él materia abonada para ello y en gran parte también porque él tomaba a mal aquellos alfilerazos inofensivos.

En cambio, todos unánimemente alababan a su esposa y la ponían muy por encima de él.

Estos elogios frecuentes habían acabado por exasperar a Julián.

—¡Cualquiera diría que, en realidad, es perfecta!, pensaba.

Y por efecto de sus cortos alcances y de su carácter un tanto trivial, llegó a desear descubrir algún defecto en su mujer.

Un día, tomando por pretexto un asado mal preparado, porque hay que notar que era bastante glotón, se desató en numerosos reproches:

—Tu piano, tus acuarelas, tus bordados, todo esto es muy bonito, querida mía, pero mejor sería aún que vigilaras más tu cocina. La mujer artista

puede ser apreciada en sociedad por artistas como ella o por gentes superficiales; pero a su esposo, que no se alimenta de notas de música ni de colores ni de guipures, le ha de ser permitido preferir una buena ama de casa. Mira tu amiga Cecilia, que sabe juntar a un físico seductor las sólidas cualidades de una mujer casera. ¿Te acuerdas de la torta

primaveral que entraban por las abiertas ventanas, había exuberancia de savia en aquella juventud. Los chistes se cruzaban al través de las alambreras, al mismo tiempo que los papeles amarillentos recibían más de una carcajada loca que no les estaba destinada.

Unicamente Julián permanecía silencioso, para lo cual tenía dos razones: primera, que el asunto de aquella conversación le disgustaba en absoluto; y segundo, porque carecía enteramente del don de la réplica pronta, viva, ingeniosa.

Al fin los compañeros observaron aquel mutismo y en seguida dejaron de hablar de Z y de su novia.

—¡Nuestro Julián sí que es un feliz mortal!

—¡Ha encontrado la felicidad perfecta!

—¡Suerte rara!

—¡Una joya de mujer!

—¡Elegante!

—¡Distinguida!

—¡Graciosa!

—¡Buena!

Y todos a coro:

—¡Anda, mortal afortunado!

Julián, molesto en extremo, esperaba con impaciencia la hora de la salida... Fué el primero en marcharse, descontento de los demás y acaso descontento de sí mismo; y mientras descolgaba rápidamente su sobretodo en el vestíbulo, iba gruñendo: «¡Cuidado si son exasperantes! ¡Mi mujer! ¡Yo! ¿Me tomarán acaso por un imbécil?»

Olvidóse de fumar su cigarro y de dar su vueltecita antes del almuerzo y no se dio cuenta de que entraba en su casa mucho antes de lo que generalmente solía.

Nadie en la venta-

na ni en el balcón esperaba su llegada; no había nadie en la sala ni en el comedor.

Cada vez más malhumorado, entró al fin en el cuarto de su mujer.

Alicia escribía y tan absorta estaba, que ni siquiera oyó entrar en casa a su marido.

Al ruido de la puerta del cuarto que se abría bruscamente, apresuróse a levantarse de su escritorio, y confusa y sonrojada, acercóse a su esposo para besarle.

Julián advirtió aquella turbación extraña.

—¿Te estorbo?, dijo en tono seco.

—De ningún modo. Pero no te esperaba tan pronto, pues aun no son las once. ¿Te sientes mal?

—No.

—Pues entonces ven conmigo a dar una vuelta por la terraza; admirarás mis primaveras y mis jácintos, mientras yo diré a Marfa que apresure el almuerzo.

Pero él, sin moverse, lívido y con las cejas fruncidas, le dijo:

—Estabas escribiendo, si no me engaño.

Alicia dirigió a su escritorio una mirada de angustia y sonriendo ligeramente, respondió:

—Sí, una tontería.

—¿Puede verse esa tontería?, preguntó Julián avanzando un paso.

—Ahora no, luego, respondió Alicia procurando hacer salir del cuarto a su marido.



Al ruido de la puerta del cuarto que se abría bruscamente...

garapiñada que nos sirvieron en la última comida que nos dió? Pues era obra suya. ¿Podía ser mejor de lo que era? ¿Serías tú capaz de hacer otro tanto?

Alicia tenía talento. Sin tratar de disculparse o de defenderse, dejó pasar el chaparrón; y muy pronto, por falta de réplicas, Julián hubo de callarse, después de agotar todos sus agravios y todas sus frases.

Calmada la tempestad, fuera ya Julián, Alicia, al quedarse sola, se puso a reflexionar.

—Tal vez tenga razón, pensó; me fio demasiado de Marfa. Es una excelente cocinera, pero un poco más de vigilancia por mi parte le impediría descuidarse como se ha descuidado hoy. Ya que Julián tiene la pequeña flaqueza de ser aficionado a la buena comida, procuremos contentarle. Mañana mismo iré a ver a Cecilia y le pediré consejos y recetas, sobre todo la de la famosa torta garapiñada. Después, cuando llegue la época de la fruta, nos ocuparemos en conservas, en confituras de toda clase. ¡Qué sorpresa para Julián cuando yo le diga: «Soy yo, tu mujer, quien ha hecho esas cosas exquisitas!»

Algunos días después, en la oficina de Julián se hablaba del matrimonio de Z., que iba a casarse con la insignificante V.

Entre los solteros eran siempre un tema favorito las chanzas sobre los nuevos matrimonios.

Aquella mañana, gracias sin duda al sol y al aire

(I) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¡Ahora no, luego!, repitió él con creciente cólera. ¿Así acoge usted, señora, una petición tan sencilla? Vamos a ver, ¿a quién escribías? Contesta en seguida.

Alicia, entonces, quedó aterrada.

¡Cómo! ¡Su Julián, su querido Julián, encolerizarse de aquel modo! ¡Sospechar de ella! ¡Era posible?

Con la frente pálida, erguida ante aquel insulto, Alicia permanecía inmóvil, mirando un rayo de sol que, después de haber resbalado sobre las flores del balcón, iluminaba las encantadoras chucherías regaladas por su marido, el «nido» que ella se esforzaba por embellecer y en donde había conocido días tan felices, y a su memoria acudían con tenacidad implacable aquellos versos:

«¿Qué es, pues, la dicha?
Una quimera vana; — Un
fugaz sueño; en el abismo
flor; — Estrella efímera en
noche sombría, — Un soplo
de aire en estival calor.»

Julián, fuera de sí, exasperado por aquel silencio, cogió violentamente el brazo de su esposa.

—¿Me das ese papel, sí o no?, gritó.

Alicia no se sublevó ante aquel ultraje, que era para ella como una puñalada en medio del corazón; no tuvo una crisis de nervios y no trató de rebelarse contra aquella tiranía suspicaz, ni siquiera de disculparse de una falta imaginaria.

«Hay penas que no tienen quejas ni lágrimas», ha dicho madama Stael. La pena de Alicia era una de éstas.

Lentamente se dirigió a su escritorio, cogió el papel sospechoso y, despreciativa, glacial, lo tendió a Julián,

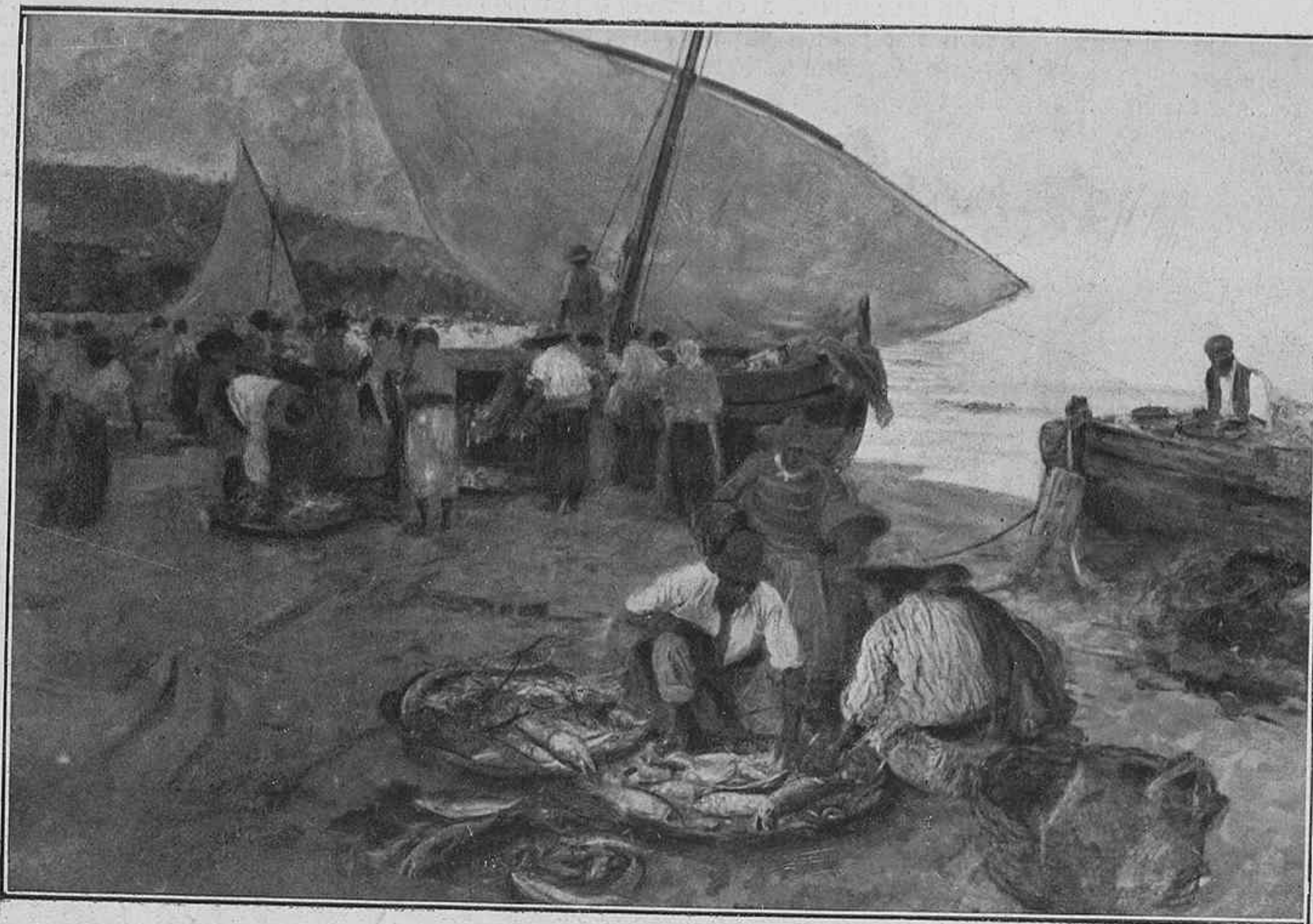
NOTAS DE LA GUERRA EN LOS BALKANES

Firmado ya el armisticio, ha cambiado por completo la faz de los acontecimientos en el teatro de la guerra. Al fragor de los combates ha sucedido la quietud que impone la suspensión de las hostilidades, y los beligerantes, cada uno en sus campamentos, gozan de un reposo, anuncio de la próxima paz que les permitirá regresar a sus hogares.

Las condiciones del armisticio han sido, según parece, algo suavizadas en lo que se refiere al abastecimiento de las plazas sitiadas, mediante un acuerdo por virtud del cual los búlgaros y los montenegrinos facilitarían respectivamente a las guarniciones de Andrinópolis y Eskutari los víveres más indispensables para cada día, y los turcos devolverían también cada día una cantidad igual de provisiones a las tropas aliadas que están en las costas del

mar Negro y en las líneas de Tchatalcha.

El protocolo del armisticio va precedido de un preámbulo, en el cual, después de exponer las razones que han movido a los beligerantes a firmarlo, se establece que los Estados Mayores de ambas partes fijarán las zonas neutrales que impidan el contacto, para lo cual los montenegrinos, los búlgaros y los serbios enviarán respectivamente a Eskutari, a Andrinópolis y al ejército del Oeste delegados especiales para tratar con los otomanos.



Regreso de la pesca, cuadro de Arcadio Mas y Fondevila, propiedad de D. Buenaventura Orive, de Montevideo

Éste clavó en él los ojos y salió al momento, confuso, con la cabeza inclinada, olvidándose hasta del almuerzo.

En el papel había leído:

«Receta para conservar los pepinos.»



Milton dictando «El Paraíso Perdido», cuadro de Munkaczy existente en la Galería Tennox, de Nueva York, y que figuró en la Exposición Universal de París de 1879



Antes del armisticio.—El campamento búlgaro de Tchatalcha después de un combate



Después del armisticio.—La comida en el campamento búlgaro de Tchatalcha

LA GUERRA EN LOS BALKANES. (Fotografías de M. Rol.)



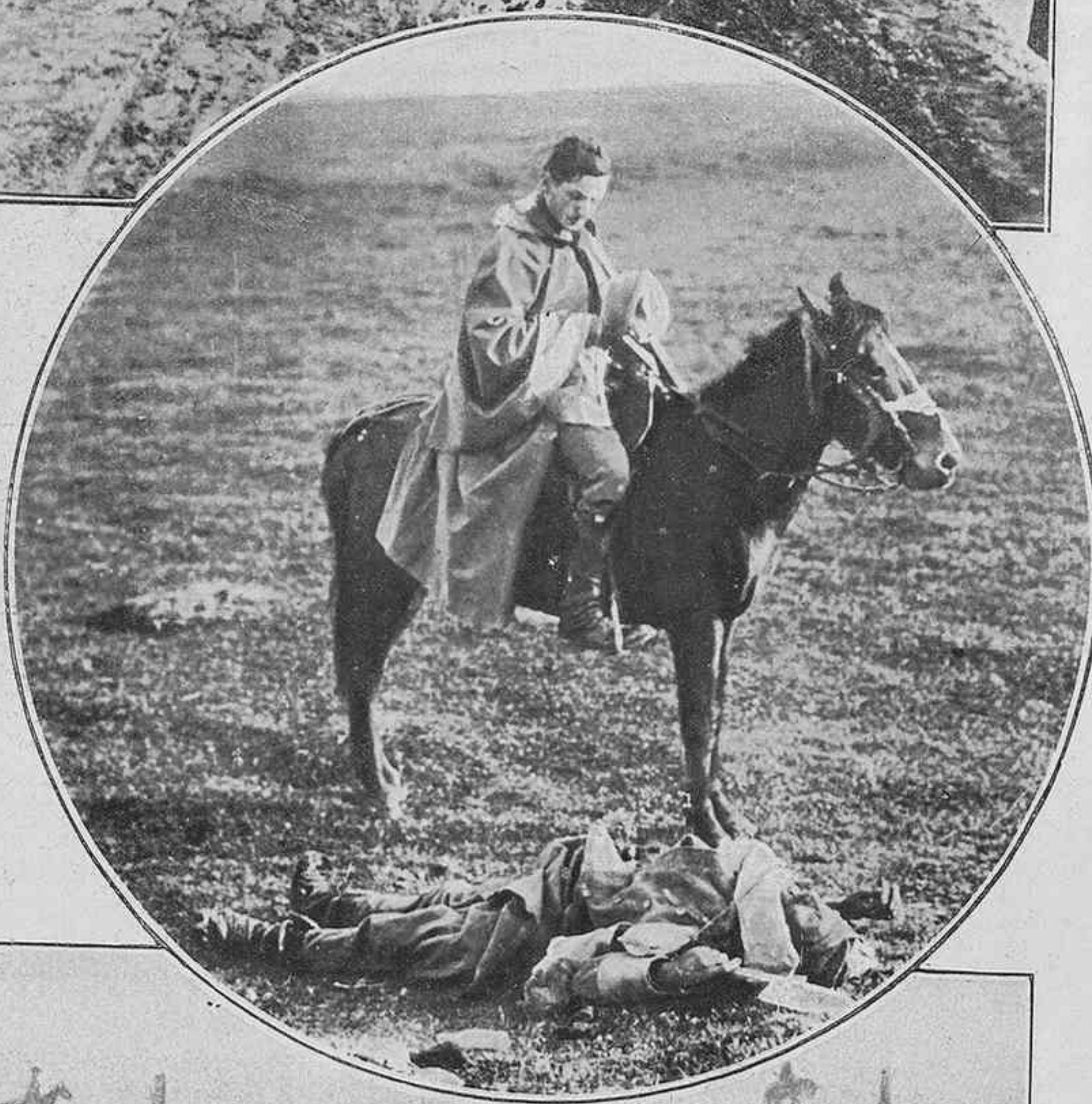
El sitio de Monastir.—Artilería de sitio servia atravesando las montañas cubiertas de nieve que rodean aquella plaza

A pesar de haberse firmado el armisticio, continúan los montenegrinos bombardeando la plaza de Eskutari, cuya guarnición ha efectuado algunas salidas, aunque sin lograr romper el cerco que forman las posiciones enemigas y teniendo que replegarse nuevamente dentro de la plaza.

Por su parte los griegos, que no han firmado el armisticio, han sostenido violentos combates cerca de Janina.

Tales son los únicos hechos de armas últimamente acaecidos.

Cuando esta crónica se publique, habrán comenzado ya en Londres las negociaciones para la paz. He aquí los nombres de los plenipotenciarios de los cinco Estados beligerantes que han de llevar esas negociaciones: por Montenegro, los Sres. Lázaro Minskovitch, ex presidente del Consejo de Ministros, Juan Popovitch, ex encargado de negocios en Constantinopla, y el conde Lujo Voinovitch, ex ministro de Justicia; por Servia, los Sres. Novakovitch, Nikolitch, Boyovitch y Paolovich; por Bulgaria, los Sres. Daneif, presidente del Consejo de Ministros, Madjaroff, general Paprikoff y coronel Jostoff, este último como delegado técnico; por Grecia, los Sres. Sculudis, ex ministro de Negocios extranjeros, Genaidis, ministro plenipotenciario en Londres, Streit, ministro plenipotenciario en Viena, Politis, profesor de Derecho internacional en la facultad de París, Daugis, jefe de Estado Mayor, y los capitanes Metaxas y Exadactylón; y por Turquía, Salid Bajá, ministro de Marina, Rechid Bajá, ministro de Agricultura, y Osmán Nizam Bajá, embajador en Berlín.



Artilería servia durante uno de los combates librados en las inmediaciones de Monastir.—En el medallón, un oficial servio descubriéndose ante el cadáver de un soldado

Los aliados parecen resueltos a tratar solidariamente con Turquía, formando un bloque indivisible, sin dejarse influir por los desacuerdos parciales que hayan surgido o puedan surgir entre ellos respecto de las cuestiones que separadamente les interesan. De este modo la unión balkánica demostrará su capacidad para defender los intereses comunes de sus miembros y evitará la reunión de una conferencia zanjando directamente con las potencias interesadas los litigios que surgen entre una de éstas y los aliados.



Los armamentos de Austria.—Fuerzas de artillería austriaca dirigiéndose a la frontera. (De fotografía de Archives du Miroir.)

De manera que los plenipotenciarios balkánicos, aunque se hallan en presencia de un problema verdaderamente difícil, tienen la ventaja de que parten de un punto de vista claro y preciso: primero, ponerse de acuerdo con los turcos, y segundo, ponerse de acuerdo entre sí.

Al mismo tiempo que esta conferencia, celebrarán otra en Londres los delegados de las grandes potencias que han aceptado, aunque algunas con importantes reservas, la idea propuesta por el primer ministro inglés. Lo que en esta segunda conferencia haya de tratarse no se sabe todavía, puesto que las cuestiones fundamentales y esenciales, a cuya solución está subordinado todo lo demás, son los plenipotenciarios de los beligerantes quienes han de tratarlas; los de las potencias, por consiguiente, nada pueden hacer hasta que se sepa de un modo concreto lo que se haya convenido entre búlgaros, griegos, serbios, montenegrinos y turcos.

¿Llegará a funcionar la conferencia de los representantes de las potencias? Y en caso afirmativo, ¿saldrán de ella soluciones que despejen la atmósfera pesada que se cierne sobre Europa y que a veces amenaza tempestades que podrían ser de terribles consecuencias?

La cuestión austro-serbia presenta cada día caracteres de mayor tirantez. Austria parece resuelta a no ceder en sus pretensiones, llevando éstas al terreno adonde las circunstancias

la obliguen, y a este efecto no ha reparado en movilizar su ejército, invirtiendo en ello más de trescientos millones, sin contar lo que significa el gasto del entretenimiento de tan consi-

derables fuerzas. Hoy Austria tiene en pie de guerra y dispuestos a moverse a la primera señal todos sus cuerpos de ejército de primera línea en las fronteras rusa y meridional; por su parte Rusia también se prepara para hacer frente a cualquier contingencia, acumulando fuerzas en la frontera austriaca. Si el conflicto no se resuelve pacíficamente, la lucha, como se comprenderá, no se circunscribirá a estas dos potencias, sino que por ellas se verán necesariamente arrastradas sus aliadas respectivas, produciéndose entonces la temida conflagración europea cuyas consecuencias nadie puede prever, aunque bien se alcanza a todos que serían horribles.

La actitud belicosa de Austria se ha acentuado recientemente con las dimisiones del general Auffenberg, ministro de la Guerra, y del general Schemua, jefe del Estado mayor general, quienes han sido reemplazados respectivamente por los generales Krobotin y Hoetzendorf. Estos son incondicionalmente afectos al príncipe heredero, el archiduque Francisco Fernando, cuyas tendencias belicosas son bien conocidas; y del general Hoetzendorf se sabe que hubo de dimitir, en la primavera pasada, el cargo en el que ha sido repuesto, porque era partidario de declarar la guerra a Italia, cuando la lucha entre ésta y Turquía.

Con tales antecedentes no son de extrañar los temores que muchos abrigan de que al fin estalle el conflicto de Oriente, tanto más cuanto que Austria acaba de negociar dos empréstitos que se elevan a 275 millones de coronas.

Esto no obstante, justo es consignar que en el mundo diplomático, en general, predominan las esperanzas de que la paz europea no se turbará y de que se encontrará una fórmula de arreglo. — S.



El Estado Mayor búlgaro comunicando la orden de suspender las hostilidades por haberse firmado el armisticio. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)



Los armamentos de Rusia.—Fuerzas de artillería rusa instaladas cerca de la frontera. (De fotografía de Archives du Miroir.)



ESPERANDO EL REGRESO DE LAS BARCAS, REPRODUCCIÓN DEL CELEBRADO CUADRO DE G. MARONIEZ

BARCELONA. — RECEPCIÓN EN LA CASA DE AMÉRICA

La Casa de América, esta importante sociedad que no perdona ocasión alguna de exteriorizar con actos brillantísimos los elevados móviles que determinaron su creación, organizó

PARÍS. — EL XIII SALÓN DEL AUTOMÓVIL

El día 9 de este mes el presidente de la República francesa inauguró, con el ceremonial de costumbre en tales actos, el XIII Salón del Automóvil instalado en el Gran Palacio

de establecer otra más importante todavía. Y luego añade que lo que caracteriza sus coches es el motor, de gran rendimiento y de escaso consumo, «verdadero atleta poderoso y ligero, que ha demostrado sus cualidades atléticas triunfando en España, en la Copa Cataluña; en Francia, en el mitin de Mont-Ventoux; en Bélgica, en el mitin de Ostende; y en la carrera de *voitures* de Boulogne-sur-Mer.»

D. MATÍAS BALSERA

Es verdaderamente importante el invento del Sr. Balsera ensayado hace pocos días en Madrid; tratase de un nuevo aparato de transmisión telegráfica y para comprender el progreso extraordinario que éste representa sobre todos los demás hasta el presente utilizados, bastará decir que con el aparato Hugues, que se considera el más perfecto de los actuales, se transmiten únicamente seiscientas letras por minuto y que con el del Sr. Balsera pueden transmitirse en el mismo tiempo mil ochocientos veinte.

Las pruebas se efectuaron entre las estaciones telegráficas de Madrid y Barcelona el día 12 de este mes en presencia del director general y de una comisión de oficiales del cuerpo de



Barcelona.—Recepción celebrada en la Casa de América en honor de los ilustres mexicanos Sres. Mendizábal y Esteva, que han representado oficialmente a su país en las fiestas del Centenario de la Constitución de Cádiz recientemente celebradas. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

una recepción solemne en honor de los ilustres mexicanos Sres. Mendizábal y Esteva, que han permanecido algunos días en esta capital después de haber representado oficialmente a su país en las recientes fiestas del Centenario de la Constitución de Cádiz.

La recepción se efectuó el día 8 del corriente y a ella asistieron el capitán general Sr. Weyler, el alcalde Sr. Sostres, el Sr. Díe y Mas, en representación del gobernador civil, los cónsules americanos y algunos europeos y una distinguida concurrencia en la que predominaba el bello sexo.

El Dr. Escobar, presidente de los Estudios Americanistas, hizo en frases elocuentes la presentación de los dos homenajeados, quienes, a continuación, pronunciaron hermosos discursos expresando las gratísimas impresiones que de España se llevan, ensalzando la labor que realiza la Casa de América y haciendo votos porque cada día se estrechen más los lazos que unen a españoles y americanos. El cónsul de México Sr. Villarreal pronunció sentidas frases de gratitud por el homenaje tributado a los Sres. Mendizábal y Esteva.

Después, las autoridades y los invitados fueron obsequiados con un espléndido *lunch*.

de los Campos Elíseos. El Sr. Fallieres, acompañado del elemento oficial, recorrió toda la exposición, deteniéndose ante las principales instalaciones de la misma.

El actual Salón del Automóvil ofrece un aspecto verdaderamente magnífico y supera a todas las exhibiciones de este género hasta el presente realizadas en Francia y fuera de ella. La falta de espacio nos impide ocuparnos en él con la extensión que merece, por lo que únicamente diremos que en él están representadas con sus mejores máquinas, con los más modernos perfeccionamientos, las principales casas francesas y extranjeras.

Haremos, sin embargo, una excepción en favor de la Hispano-Suiza, por tratarse de una casa española. De ella dice en su revista del Salón el reputado cronista deportivo de *Le Figaro* Frantz-Reichel, que siendo una de las marcas más jóvenes de la industria automóvil, tiene una carrera deportiva gloriosa; que sus coches están admirablemente concebidos y no menos admirablemente contruídos, y que su éxito ha sido tan grande, que ha tenido que instalar en los alrededores de París una fábrica modelo de donde salen todos los Hispano-Suiza que circulan por Francia y que está en vías



D. Matías Balsera, inventor de un aparato de telegrafía que permite transmitir 1.820 letras por minuto y cuyas pruebas se efectuaron con éxito completo en Madrid el día 12 del actual. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

Telégrafos, y los resultados en ellas obtenidos han sido bajo todos conceptos satisfactorios en absoluto.

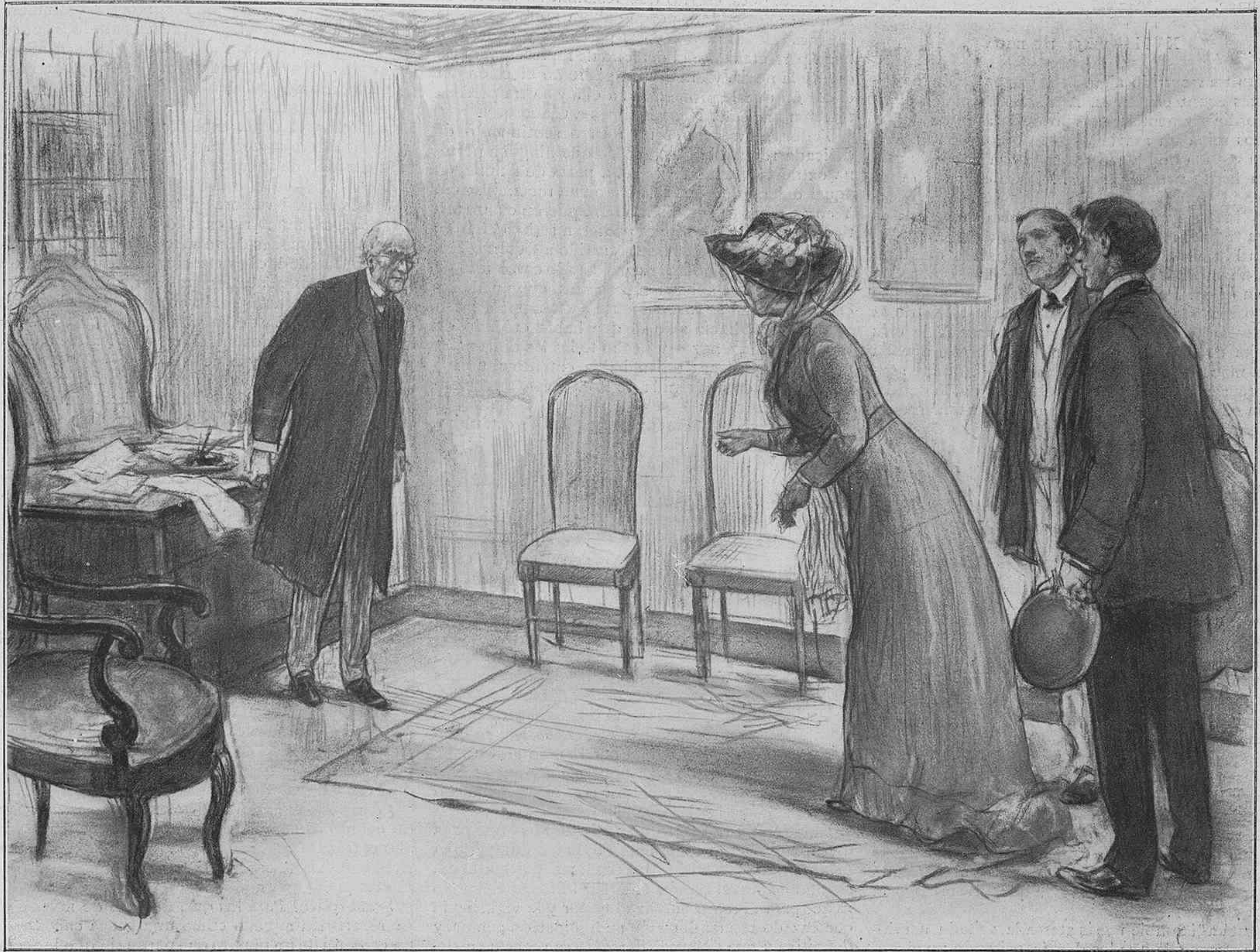
El Sr. Balsera fué muy felicitado por cuantos asistieron a los ensayos.



Paris.—El XIII Salón del Automóvil. Vista general. (De fotografía de M. Rol.)

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



Diciendo esto, había avanzado otro paso y ahora estaba cerca del anciano que la miraba con ojos consternados

—Gracias por haberme recordado esto, señor doctor. He recibido, en efecto, instrucciones de la Prefectura; pero confieso que iba a olvidarlas en presencia de esta inesperada complicación.

E inclinándose sobre el cadáver de Delorme, le desabrochó la levita y deslizado su mano en el bolsillo de ésta sacó de él un sobre en el que leyó estas palabras: «Asunto Aspremont.»

—Es esto, afirmó Claudio. Haga usted, pues, el favor, señor comisario, de examinar el contenido de ese sobre, conforme le han indicado.

—Lo haré con toda la discreción que me ha sido recomendada, señor doctor.

Y abriendo el sobre, sacó de él primeramente una hoja de papel grande, doblado en cuatro dobleces, grueso, algo arrugado y de fabricación antigua. La hoja estaba escrita por ambos lados y contenía una especie de párrafos separados unos de otros por firmas, todas ellas agrupadas y fáciles de distinguir a causa de sus rúbricas. Cuando la hubo desdoblado, vióse que uno de sus bordes estaba roto, como si la hubiesen rasgado brutalmente o más bien arrancado con tanta violencia como torpeza de un registro o de un cuaderno.

—Difícil me será, dijo el comisario, después de haber intentado leer la primera línea, comprobar qué clase de documento sea éste, porque está escrito en castellano, si no me equivoco...

—En castellano, en efecto, replicó el doctor. Pero sírvase usted mirar las firmas, entre las cuales alguna habrá que llame su atención..., la del Sr. de Aspremont, por ejemplo.

—Perfectamente, exclamó el comisario después de haber buscado. Aquí está, al final de la página, y no intacta, por cierto.

—Sí, falta la primera letra, ¿no es verdad?

—Efectivamente, leo ...olando de Aspremont.

—La letra mayúscula que aquí falta ha quedado en la matriz de donde esa hoja ha sido arrancada; pero después de la firma de Rolando de Aspremont debe haber otras...

—Sí, primero la de Manuela Casteras y después la de F. de Albigny y otra bastante difícil... Juan Gat... o Gut...

—Juan Gutiérrez, y finalmente otra, Padilla...

—Sí, Pedro Padilla.

—Ya ve usted, pues, señor comisario, que ese documento es realmente el que reivindica la señora viuda de Aspremont, de soltera Manuela Casteras, aquí presente.

—Y yo debo restituírselo por ser evidentemente suyo, puesto que lleva su firma, dijo el comisario entregándoselo al doctor.

Prosiguiendo luego su registro, sacó del sobre otro papel, también amarillento y doblado como el anterior, pero más pequeño, y que tenía la forma y el aspecto de una carta.

—Vea usted ante todo la firma, señor comisario, dijo el doctor, mientras el barón fijaba su mirada ardiente, consternada en aquel papel que ahora desdoblaban con gran cuidado, porque con sus pliegues gastados, como quemados por la lenta acción del tiempo, resultaba extraordinariamente frágil. Abierto al fin, el comisario miró desde luego el final de la

tercera página, en donde estaba la firma.

—Firma esta carta Francisco de Lorgerac.

—Como el que la escribió está también aquí, dijo Claudio señalando al barón, creo que puede usted hacer con este documento lo que ha hecho con el otro.

—¿Es realmente de usted esta carta, señor barón?, preguntó el comisario, doblando el papel con las mismas precauciones con que lo abiera.

—Sí, es mía, balbuceó Francisco de Lorgerac con voz casi ininteligible.

—En este caso, recobre lo que le pertenece.

El barón se apoderó febrilmente del papel... ¡Al fin tenía en su poder, al fin podría destruir aquella prueba, la única, de su deslealtad, de su acción indigna!..

El comisario seguía examinando el contenido del sobre.

—¿Hay algo más?, preguntó Claudio.

—Sí, señor doctor.

Y al mismo tiempo exhibía unas hojas estrechas y oblongas prendidas con un alfiler.

—Son pagarés a la orden..., ¡y firmados por ese desgraciado que yace aquí, por el comandante de Queyrel!

—Sí, ya sé, dijo vivamente Claudio. Esos documentos han de ser entregados directamente al secretario general. Y ahora, señor comisario, cumpla usted con su deber. Los dos cadáveres han de ser expuestos, puesto que lo manda el reglamento..., pero yo me encargo del entierro del Sr. comandante de Queyrel.

Y dirigiéndose a Manuela que lloraba silenciosamente en brazos de Rolanda, le dijo:

—No suponía que iba a someter a usted a esta última y dura prueba... No pensé que ocurrieran tan tristes sucesos... y que ocurrieran casi a la vista de usted... Pero ya que es usted piadosa y creyente, dígame que Dios hace bien lo que hace..., y rece una oración por ese otro desgraciado que ha sido el instrumento inconsciente y terrible de la divina Providencia... Sí, repitió gravemente; Dios hace bien lo que hace...

XVII.—VIAJE DE BODA

Han transcurrido algunas semanas desde los anteriores acontecimientos. Aquella mañana en el sitio ordinariamente tranquilo de la avenida de los Ternos reina un movimiento insólito. Junto a una joven vestida de blanco y tocada con flores de azahar agítanse varias mujeres... Todo el mundo está atareado, conmovido; pero al revés de lo que sucedía allí mismo, en ocasión parecida dos meses antes ahora todo el mundo está contento, alegre.

En la tibia atmósfera de aquella salita que también ahora embalsaman ramos de flores blancas, pero no de tristes palideces sino de pureza sonriente que parecen abiertas a las primeras caricias de la primavera, todo es alegría, ternura, amor. Y la más solícita con aquella otra flor de abril, con aquella linda muchacha a quien ya llama con radiante sonrisa «la señora desposada», es la enferma, la desolada, la que dos meses antes se moría lentamente; la que entonces no tenía voluntad ni siquiera deseo de moverse de la amplia butaca... ¿Y dónde está ahora esa butaca de los días sombríos de fiebre lenta? Vedla medio desaparecida bajo un montón de telas, de cajas, de muselinas.

Mirando bien, se ve que las personas que sonríen y se enternecen en torno de aquella novia de diez y siete años no son las mismas de la otra vez... Hay también otra muchacha, muy linda, pero muy rubia, con grandes ojos azules que parece escogida expresamente para formar contraste exquisito con la morena de ambarino cutis, cuya encarnación aviva, dorándola, el traje blanco y cuyos labios, de rojo cereza, resultan más rojos aún por la proximidad de los ebúrneos azabares. Aquella muchacha se tutea con la novia y la llama «Rolanda» y Rolanda a ella la llama «Genoveva».

Y aquella que de los largos días de sufrimiento y de desesperación sólo ha conservado una palidez amarillada; aquella cuyos ojos negros, como los de Rolanda, brillan bajo una diadema tan opulenta, tan hermosa como aquella otra diadema de cabellos que sus manos adornan con flores virginales, más que nunca podría ahora ser tomada por hermana mayor de la criatura espléndida que, sin embargo, la llama «mamá».

Y está allí también, más atareada, agitada, nerviosa y enternecida que los demás, agitando un gigantesco pañuelo con que se seca los ojos con cualquier pretexto, llorando, riendo, refunfuñando y extasiándose a la vez, la buena de Rosalía... Rosalía que se siente muy dichosa, sí, pero que aun no ve del todo colmados sus más caros deseos... ¡Cuán difíciles de contentar son esas solteras!

—Las diez menos cinco, dice de pronto Genoveva mirando el reloj; faltan sólo cinco minutos.

—Con tal que no se retrasen, replica Manuela riendo.

—¡Oh, prima! Supongo que mi señor hermano, en un día como hoy...

—No, no se retrasará, responde la novia, con sonrisa de seguridad y de triunfo... Estoy tranquila.

—Y yo también, dice Genoveva.

—Y yo, repite Manuela como un eco.

—Y yo lo mismo, exclama sollozando y secándose las lágrimas Rosalía.

Apenas había acabado ésta de guardar en el bolsillo de su delantal aquel monumental pañuelo que Claudio llamó irreverenciosamente la noche antes «su lacrimatorio», cuando sonó un campanillazo, también nervioso, impaciente, imperioso, pero que esta vez fué acogido con esta exclamación unánime:

—¡Ya están aquí!

Entró Enrique acompañado de su padre, del doctor Lecoutellier y de otro personaje, de rostro atezado, de arrogante figura y de aire un tanto embarazado, quizás a causa del traje tan distinto del que solía llevar. Aquel otro personaje había llegado a París el día antes y era aquella la segunda vez que entraba en aquel piso de la avenida de los Ternos en donde la víspera había sentido tan gran emoción al volver a ver a Manuela y tan deliciosa sorpresa al ver por primera vez a Rolanda.

Y aquella mañana, después de haber besado a la

novia, con vehemencia algo exótica, tendió sus manos a la madre de ésta diciéndole:

—¿No te parece que ayer estuvimos demasiado ceremoniosos? ¿Si nos besáramos nosotros también?

—¡Ah, mi querido Miguel, murmuró Manuela aceptando aquel beso fraternal. ¿Me has perdonado del todo?

—¡Silencio! Gracias a esos dos, replicó Arribio señalando a los novios, espero que todo acabará como un cuento de hadas.

Estaba, pues, escrito que Rolanda se casaría en la mayor intimidad, porque ahora tampoco había allí más que los novios y sus parientes y aquel que tenía perfectamente el derecho de representar al padre de la novia, y era casi su padre de afición por el cariño de la profesaba... a ella y a otra persona también presente. Nos referimos a Claudio.

Todos, movidos por un mismo sentimiento de delicada reserva habían pedido que ninguna persona extraña figurase en aquella fiesta de familia, en aquel enlace que era asimismo una reconciliación. Y como en todo casamiento se requieren cuatro testigos y sólo había tres que pudieran serlo, el barón, Arribio y el doctor, habíase recurrido a Cesáreo Honorat, que bien podía ser considerado como uno de esos amigos tan fieles, tan preciosos, que puede decirse de ellos que forman parte de la familia.

Y Honorat había sido el que había cuidado de todos los pormenores y hecho todas las diligencias necesarias, y él era quien había entrado el último en la salita de la avenida de los Ternos, anunciando con voz sonora:

—Señoras y caballeros; los tres landós están abajo esperando a la novia.

Y de este modo, a la llana, sin estrépito, sin ostentación, habíase dirigido a la alcaldía y a la iglesia, camino de la felicidad.

Después de las ceremonias, de las felicitaciones y de los abrazos, es de rigor el viaje de boda, ese viaje en plena luna de miel, que los novios a veces emprenden antes de que acabe la fiesta, esquivándose como amantes asustados, mientras aquella está en su apogeo, y los jóvenes bailan y los viejos vacían sus copas a la salud de los que los dejan plantados.

Los novios que disponen de dinero y de tiempo van a pasearse por Italia, desde las doradas lagunas de Venecia a los horizontes azules del fondo de Nápoles; los que son pobres y no pueden entretenerse ociosamente en excursiones sentimentales, se contentan con darse una vuelta por Fontainebleau.

Enrique y Rolanda eran pobres y aunque esto les tenía sin cuidado, su pobreza era, si no un hecho consumado, un hecho cierto.

El barón de Lorgerac, como deudor leal que paga escrupulosamente lo prometido, había cumplido la palabra que diera al Dr. Lecoutellier; y desde el día siguiente a aquel en que Claudio le había devuelto lo que para él representaba el honor y la vida, había comenzado reservadamente su liquidación general y definitiva y que desgraciadamente se preveía ya desastrosa... Ciertamente que podría pagar todo su pasivo; pero no le quedaría casi nada..., apenas unos miles de francos de renta, con que vivir honrada pero triste y pobremente en algún rincón de provincia. Y aun gracias que salvaba este pequeño resto que le ahorraba las angustias, las humillaciones, los apuros de la peor de las miserias, la miseria de los que han sido ricos, la miseria de levita...

Lo que sí estaba ya fuera de toda duda era que ni la hacienda de Aspremont ni el palacio del bulevar de San Germán se salvarían del desastre... Y el barón tenía ya entabladas negociaciones para venderlos amistosamente a fin de sacar de ellos algo más que si los abandonase a los azares de una subasta pública.

Esta era la situación; esto era todo lo que Lorgerac podía esperar del porvenir y lo único que, con un nombre intacto, dejaría a sus hijos. Era, pues, bien cierto que Enrique y Rolanda eran pobres; y, sin embargo, se habían marchado más lejos que a Venecia o a Nápoles, saludando a todos los que les acompañaron a la estación con un adiós cariñoso que era también una promesa de un próximo regreso.

Y no partían solos. Un hombre de cutis bronceado, de cierta edad, de facciones enérgicas y a quien ellos llamaban primo había tomado el mismo tren que ellos. Pero no había subido al mismo vagón, sino que en el momento de ponerse el convoy en marcha, cuando ellos esperaban verle instalarse a su lado, les había dicho con su voz melodiosa cuyos acentos recordaban los de la voz de Manuela y de Rolanda, de aquella sobre todo.

—No, hijos míos. Cada mochuelo a su olivo; yo tengo ganas de fumar y vosotros tenéis muchas cosas que deciros... El humo de mi cigarro os moles-

taría y vuestra charla no me dejaría pensar en mis negocios... Nos estorbaríamos mutuamente y sería lástima... Ya nos veremos en el Havre...

Y así emprendieron aquellos novios su hermoso, su largo, su temible viaje de boda.

XVIII.—EN SAN JOSÉ

Aquel día, como de costumbre, en la hacienda de San José habían comenzado, con la aurora, el ruido, el movimiento, el trabajo. Y como de costumbre, después de la partida de sus gentes para la labor cotidiana, Pablo Casteras se había quedado en la sala de la planta baja, sentado junto a su maciza mesa de roble, inscribiendo en su libro las cuentas de la víspera, los jornales de los obreros, el producto de las cosechas, el de la explotación minera, cuentas todas que llevaba con su puntualidad, exactitud y minuciosidad de ayer, de hoy, de mañana, de siempre.

A esto limitaba ahora su trabajo. Hacía tiempo que no podía montar a caballo y llevar, como antes, a todos los rincones de su vasta hacienda la mirada del amo; la edad, el cansancio, el dolor taciturno y silencioso, habían abatido su vigor, su actividad, su robustez, y ahora se pasaba en aquella sala la mayor parte de su vida..., de su vida que parecía haberse refugiado en sus ojos grises, más brillantes aún bajo la nieve de sus espesas cejas.

Pero en él la decrepitud física en nada había menguado la energía, la voluntad, la inflexibilidad de su alma: como siempre, seguía siendo el amo severo y temido y considerándose en su hacienda como un rey en sus Estados, un rey absoluto que había renunciado a recorrer sus provincias pero no a gobernarlas y conocerlas. un rey demasiado perspicaz, demasiado respetado y sobre todo temido, para que en su reino hubiese una tentativa de indisciplina, una apariencia de desorden, una sospecha de despilfarro...

Únicamente cuando se veía completamente solo, al abrigo de toda curiosidad, acodado en su mesa dejaba vagar por el vacío, quizás por el pasado, aquella mirada en la que había como una suprema angustia, la angustia del aislado, del recluso que nunca más volverá a encontrar lo que constituye la alegría de los vivos... y también el consuelo de los que ven cercana la muerte. Pronto, empero, el anciano, como si despertara de un mal sueño, lanzaba un suspiro, sus ojos se ensombrecían de nuevo y se ponía otra vez a trabajar.

¿Y para quién?.. Esto se preguntaba a veces cuando comprobaba, con triste indiferencia, que cada año el trabajo acumulado en aquella colmena laboriosa aumentaba en ésta las reservas que él ni pensaba siquiera en emplear.

¿Para quién? Para los que, después de muerto él, se repartirían aquello como una ganga encontrada en el ataúd de un muerto que partió sin que le acompañara un afecto, una añoranza, una oración...

Aquellos días su meditación silenciosa era más larga aún, más desconsolada...

Pero ésta era su sola debilidad de la que nadie era testigo, que nadie sospechaba...

Sólo una persona quizás la había sospechado, pero a ésta le había hecho comprender que no permitiría que nunca se le hiciese la menor alusión. Aquella persona era Miguel Arribio; aquel cuyos hijos serían sin duda algún día los herederos del viejo primo a quien apenas conocían, porque él no quería verlos. Y no quería verlos porque le daban horror los niños, que son la alegría de los demás y cuyos ruidos, turbulencias y risas, las risas sobre todo, le hacían un daño horrible.

¿Hallabase aquel día en uno de esos momentos de sombría meditación? Tal vez sí, puesto que hizo un movimiento de cólera y de impaciencia al oír que llamaban a la puerta de aquella sala en donde se aislaba.

—¿Qué hay?.. ¿Qué quieren de mí?.. preguntó ferozmente al criado que entraba.

Este criado era también un hombre viejo, más quebrantado aún quizás que su amo y que en aquel momento era presa de una turbación que casi le impedía contestar.

—¿Y bien, qué pasa?.. ¡Habla!

—Es... D. Miguel, balbuceó al fin el doméstico.

—¿Miguel Arribio?.. Pues que entre... Cualquiera al verte habría dicho que traías una noticia espantosa.

—¡Oh, no, no señor!.. Ninguna mala noticia...

—Aquí lo único malo eres tú que ya no sirves más que para tumbar tus viejos huesos al sol... Ya te he dicho que no quería verte cerca de mí, Juan Gutiérrez... Vuelve a tu rincón y no me obligues a

repetírtelo. Dile a D. Miguel que entre... ¿Pero qué, no me oyes?..

—Sí, sí, ya lo he oído, tartamudeó el viejo con un ademán extraño que expresaba todo su espanto por la impaciencia del amo y al mismo tiempo un extraño entusiasmo.

—Decididamente se vuelve loco, exclamó don Pablo encogiéndose de hombros. ¡Ah, la vejez!..

En aquel momento Arribio apareció en el umbral de la puerta:

—Sé bienvenido Miguel, díjole Casteras. ¡Cuánto tiempo sin verte!.. Y, sin embargo, bien sabes que aquí eres siempre bien recibido.

—Lo sé y te lo agradezco... Pero llego de un viaje...

—Largo habrá sido porque hace dos meses...

—He ido muy lejos... a Francia.

—¡A Francia!.., repitió el anciano asombrado. Y te fuiste sin decirme nada...

—No tuve tiempo.

—¿Tan apremiante era el asunto? Supongo que no te llevaría allí nada desagradable...

—Fuí porque me llamó un amigo que tenía necesidad urgente de mi presencia.

—¿Es indiscreto preguntarte para qué?

—No... Me llamó para que asistiera a la boda de su hija adoptiva... y partiendo en seguida tenía el tiempo justo para llegar oportunamente.

—¿Tanto te interesaba esa boda?

—Sí, porque profeso gran afecto a la hija adoptiva de mi amigo.

—¿Son gentes a quienes yo conozco?

A esta pregunta contestó Miguel con imperceptible vacilación:

—No; a esa muchacha no la has visto nunca.

—¿Son franceses?

—Sí. Al padre adoptivo de esa joven, que es huérfana, le conocí aquí.

—De modo que el padre verdadero ha muerto.

—Sí, hace mucho tiempo.

—¿Y la madre?

—Vive. Ella y su hija, pobres mujeres, han llevado una existencia muy dura; no les han faltado preocupaciones ni dolores.

—Cada uno lleva su cruz, Miguel.

—Pero hay cruces que son demasiado pesadas, tan pesadas que llegan a ser inmerecidas...

—Sí, las hay inmerecidas, dijo el anciano moviendo la cabeza.

—Por esto he sentido una admiración grande y una profunda simpatía por el hombre de corazón y de bondad que ha querido desempeñar cerca de esas pobres mujeres el papel que la Providencia tardaba demasiado en representar.

—¿Te refieres a ese francés... a ese padre adoptivo?

—Sí; se apiadó de la madre, quiso a la hija y la salvó de la miseria y de la desesperación. Ha hecho de la niña una joven de todas prendas y para coronar su obra la ha casado con un muchacho que la amaba y a quien ella amaba también. Ahora sólo le falta a esa muchacha para ser enteramente feliz lo que él no puede darle.

—¿Qué?

—Lo que nada reemplaza, el calor del viejo hogar de familia.

—Me has dicho que era un padre para esa joven.

—Un padre de adopción no substituye al padre a quien nos une la sangre.

—Puesto que este padre murió...

—... Y como la pobre niña se quedó sola con su madre en el mundo... Ya comprenderás que mi amigo no podía darle el hogar familiar que nada reemplaza...

Al decir esto, su voz vibraba de un modo extraño, tan extraño, que Casteras exclamó:

—Pero, ¿por qué me cuentas todo esto?

—Porque... respondió Arribio con turbación y emoción visibles, porque... a esa joven y a su esposo les di la idea, que les agradó, de venir a hacer aquí su viaje de novios.

—¿Aquí? No me negarás que es una idea algo singular.

—Quizás se te habría ocurrido a ti también si hubieses visto a esa muchacha, si te hubieses sentido hechizado por el atractivo que emana de su belleza juvenil, por el encanto de aquel rostro puro que revela un alma exquisita.

—Y es por esto...

—Sí, por esto me considero dichoso teniéndola algunos días a mi lado, presentándola a mi esposa amada que la ha querido en seguida, como la quiero yo como la querrás tú cuando la veas...

—No quiero verla, exclamó Casteras presa también de una emoción extraña. No veo a nadie, bien lo sabes, y las caras nuevas me inspiran horror.

¡Ah! ¡Cómo hubo de reprimirse Miguel para no decirle que aquella no sería una cara nueva para él! Pero se limitó a contestar:

—No esperaba esto de tu vieja cortesía española.

—¿Qué quieres decir?

—Estaba tan convencido de que harías lo que siempre hacemos, de que me ayudarías a cumplir mis deberes de hospitalidad...

—¿Qué quieres decir?, repitió D. Pablo dominado ya por una instintiva inquietud.

—He hablado a esos jóvenes de la magnífica hacienda de San José...

—Es natural, dijo Casteras con una sonrisa cuya amargura no supo disimular. Es natural, puesto que algún día la hacienda será tuya.

—Te aseguro que no tuve esa idea, replicó Arribio sonriendo también de un modo extraño.

—¿Por qué no, siendo legítima?

—Pero demasiado prematura. Dios mediante podrás convencerte de ello durante mucho tiempo.

—En suma, quisieras hacerles visitar San José... Ya sabes que yo no salgo de casa; por consiguiente acompáñalos tú... Así no seré para vosotros ni un estorbo, ni un fastidio.

—¡Oh, primo!

—Un estorbo, sí, porque les obligaría a moderar demasiado sus juveniles pasos y un fastidio porque mi vejez poco comunicativa helaría el buen humor de su edad. Iréis los tres sin mí. En la cuadra encontraréis caballos por si queréis llegar hasta las minas, en donde precisamente ha comenzado a explotarse un nuevo filón, y a la vuelta tendréis dispuesta una colación en el mirador del Sur. La hospitalidad de Pablo Casteras, añadió irguiendo su busto encorvado, será suntuosa cual corresponde a un hombre como yo; pero si os entrego a tus huéspedes y a ti toda esta casa, excepto de ella únicamente esta sala, por delante de la cual pasarán esos jóvenes sin sospechar mi presencia... Verán una puerta cerrada, pasarán de largo y tú les dirás: «El Sr. Casteras está ausente y me encarga ofrecer a ustedes sus excusas y decirles cuánto siente no poder verles.»

—Es demasiado tarde para decirles esto.

—Demasiado tarde... ¿por qué?

—Porque les he dicho que estabas aquí.

—Pero puedo no estar mañana.

La emoción de Miguel comenzaba a convertirse en ansiedad.

—Es que no les hablé de «mañana», replicó, sino de «hoy»...

—Pues bien, si ahora es verdad que estoy aquí, puedo estar fuera dentro de un rato.

—Pero es que tampoco les dije «dentro de un rato».

—Pues, ¿qué es lo que les has dicho? ¿Qué es lo que habías proyectado?

—Confíaba en tu asentimiento, en tu respeto por nuestras viejas tradiciones... No dudaba de que acogerías solícito a nuestros huéspedes... e imprudentemente... lo reconozco...

—Los has traído.

—Sí.

—¿Y están aquí?

—Debajo del mirador grande... les rogué que me esperaran unos instantes mientras te informaba de su visita...

—Siendo así, no saben si estoy en casa...

—Sí, porque han oído cómo Gutiérrez me decía: «El señor está en el salón grande»

—Un criado puede equivocarse y más si es un viejo loco como éste.

—Pero es que, además, han oído tu voz cuando decías a Gutiérrez: «¿Miguel Arribio? Pues que entre.»

Casteras no insistió; pero frunciendo el entrecejo refunfuñó con una repentina y penosa expresión de desconfianza... de curiosidad... a la vez de vago temor y de deseo más vago todavía:

—Me has puesto en la imposibilidad de no presentarme... No te lo agradezco.

—¡Ah, primo! Antes de censurarme, espera...

—Esperar... ¿qué?

Y con gesto impaciente y cansado, D. Pablo, alzando de nuevo la voz, su voz que ahora podía oírse desde fuera, su voz cansada, pero siempre imperiosa, dijo:

—Tus huéspedes deben impacientarse, Miguel y con razón pensarán que mi recibimiento se retrasa más de lo conveniente. Ruégales que entren y hazles aceptar las excusas de un viejo a quien sus setenta años impiden ir, como habría querido a su encuentro.

D. Pablo, al decir esto, se había levantado. Vió cómo Miguel se dirigía a la puerta que daba al gran mirador y ahora le oía hablar con aquellos extranjeros, aquellos desconocidos que esperaban sin duda

al extremo de aquella galería cubierta de enredaderas llenas de flores. Pero el sentido de las palabras que les decía no lo percibía su oído debilitado... sí, culpa de su oído debía ser, porque seguramente Miguel no les hablaba en voz baja... ¿a qué hubiera venido que les hablara quedo?..

Pero, ¡cuánto tardaban los huéspedes de Miguel en salvar los pocos pasos que les separaban de aquella estancia.

De pronto, ¡Dios misericordioso!.. ¡Por aquella puerta, por aquella misma puerta por donde diez y siete años antes había salido la desgraciada, la condenada!.. ¡Ella!.. ¡Era ella!..

Sabía que no estaba loco... Sus ojos habían conservado la visión clara de las personas y de las cosas... No había allí magia, ni milagro... Y, sin embargo, ¡era ella!.., ella que reaparecía!.. Volvía a verla, y esto le hacía dudar de si estaba en su cabal juicio, tal como era en el momento de su cólera y de su justicia... El peso de los años, de la vida, no se había dejado sentir sobre ella... Era la misma, inverosímilmente la misma que en la hora atroz en que él se había desgarrado el corazón para arrancar de él a su hija... ¡Y, sin embargo, hacía de aquello diez y siete años!

Y reaparecía en la flor de su primavera, pálida y temblorosa como en aquella hora cruel, implacable en que había partido inclinando la cabeza... Si algún ligero cambio parecía haber en ella, era que reaparecía con más delicada belleza, con mayor encanto suplicante y más joven... ¡Sí, más joven todavía!

Y extendiendo las manos como para rechazar aquella alucinación, exclamó:

—¡Tú!.. ¡Eres tú!.. ¡Te arrojé de mi casa!.. ¡No quiero, no... no quiero volver a verte!..

Pero aquella aparecida en quien el tiempo, la edad, la desgracia, el remordimiento no habían dejado huella alguna, avanzó un paso y juntando sus manecitas blancas y temblorosas, murmuró con voz más temblorosa aún, con una voz que penetraba en el corazón de aquel inexorable justiciero, inundándolo de una delicia insoportable, torturante:

—No me arrojó usted, porque no tengo más que diez y siete años... porque esta es la primera vez que me presento ante su vista... ¡y tan respetuosa, tan humilde, tan temerosamente!

Diciendo esto había avanzado otro paso y ahora estaba cerca del anciano que la miraba con ojos consternados... tan cerca que, avanzando él un paso más, hubiera podido tomarla en sus brazos, en sus brazos que ya no rechazaban, no, pero que se estremecían como los de aquellos que pierden la cabeza, que sienten vacilar su voluntad y de quienes se va apoderando el vértigo. Y en aquel momento él había visto caer arrodillada a aquella niña que acababa de decirle «Tengo diez y siete años», a aquella niña que, por consiguiente, no había nacido aún el día de la justicia y del castigo, a aquella que sólo era la imagen viviente, milagrosa, de la otra, de la culpable.

Sí, ahora estaba arrodillada a sus pies, delante de él... Y poseído de aquel vértigo que seguía dominándole había oído cómo aquella niña con voz desfallecida murmuraba:

—¡Abuelo... abuelo!.. A mí, que no he desobedecido, ¿no querrá usted perdonarme nunca?..

¡Era demasiado!.. Sí, la súplica era demasiado dulce, la fascinación demasiado poderosa, y demasiado victorioso el asalto contra aquella roca que al fin se entreabría... El anciano dejó caer sus manos temblorosas sobre aquella cabeza inclinada, sobre aquellos cabellos negros tan parecidos a los de la otra y con voz alterada también, contestó a aquella niña que se sentía desfallecer:

—Sólo a los culpables se perdona... y tú, pobre niña, no lo eres... Tú no has quebrantado la ley de Dios que dice: «¡Honrarás a tu padre!..»

La joven entonces atrevióse a fijar en los ojos de aquel que hablaba sin cólera una mirada tan dulce... tan cariñosa, tan tímida...

—Me llamo Rolanda, dijo, y desde niña me enseñaron que era preciso llegar a ser una joven honrada y buena, y no lo he olvidado nunca... Lleno el corazón de júbilo, me he casado con un hombre bueno y honrado que me ama y a quien amo... Abuelo, ¡habría sido para mí una dicha tan grande, por él y por mí, recibir la bendición de usted!..

Y el anciano sintió aquel día por vez primera, después de tantos años, acudir las lágrimas a sus ojos cuando atrajo hacia sí a la niña que tan dulce, tan tierna, tan tímidamente le suplicaba... a la niña, también, que tanto se parecía a la otra...

—Que Dios te devuelva en felicidad, murmuró, el consuelo que has pensado en traer al pobre hombre que se iba solo... enteramente solo... y que morirá menos triste después de haberte visto y bendecido.

(Se continuará.)

MARRUECOS.—LA CIUDAD DE TETUÁN. (Fotografías de Antonio Rectoret.)

La ciudad de Tetuán hállase situada en el Norte de Marruecos y a 35 kilómetros al Sur de Ceuta, cerca del Mediterráneo y del trozo de litoral llamado Ensenada de Tetuán, en el pequeño arqueo que forma la costa entre el Cabo Negro y el Mazari.

La superficie que la ciudad ocupa es de unas 50 hectáreas y afecta, en su conjunto, la forma de triángulo, uno de cuyos vértices es la Alcazaba, que se levanta en la parte más alta y más avanzada al Poniente.

Todo el recinto está amurallado y almenado; las murallas, de construcción imperfecta y poco sólida, son de altura variable, según el desnivel del terreno, teniendo en algunos puntos cuarenta metros y en otros solamente seis u ocho. En los sitios en donde se abren las puertas de la ciudad hay baluartes guarnecidos con tres o cuatro cañones antiguos y casi inservibles.

Las calles, como todas las de las ciudades de aquella parte de Africa, son estrechas y tortuosas, de un modo tal, que forman un intrincado laberinto muy difícil de recorrer para quien no conozca muy a fondo la población. Además, están cruzadas en muchas partes de un lado a otro por contrafuertes, arcos y pasadizos; lo que las hace lóbregas y oscuras, y como las fachadas de las casas no tienen más que sencillas puertas de pequeñas dimensiones y tal cual ventanillo o tragaluz, al discurrir por ellas

casarones comunes, sin lujo ni ornamentación delicada en el interior, ni más apariencia monumental en el exterior que sus grandes puertas rematadas en arcos de herradura.

La animación mayor se encuentra en las calles que dan al Albaicín o plaza del Comercio, en el barrio de los zapatilleros, tintoreros, fabricantes de espingardas y gomas, revendedores y algunas otras. En estos sitios, como en el zoco del trigo, pan y pescado, hay siempre, sobre todo por la mañana, mucho movimiento de gentes, así de la ciudad como del campo.

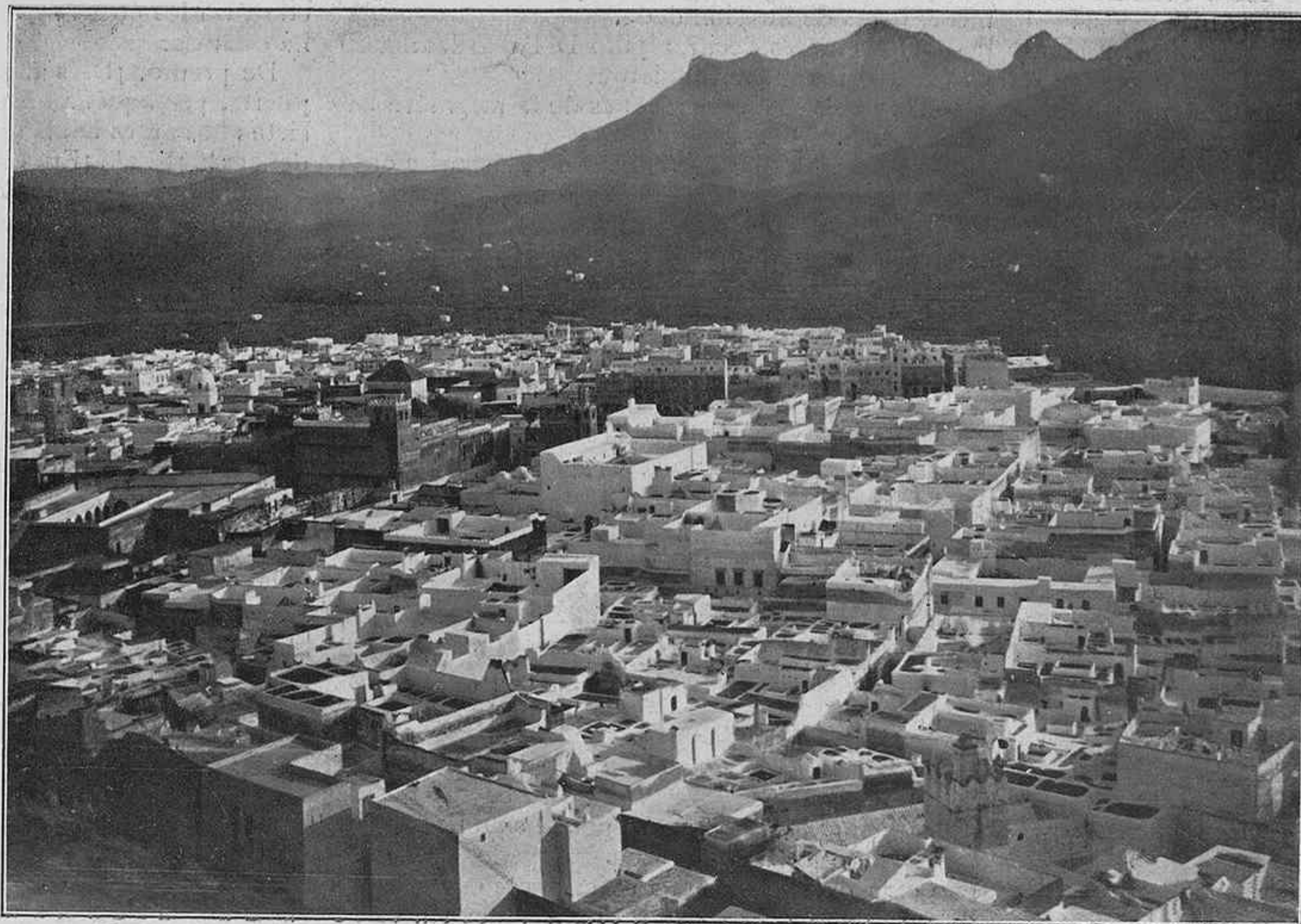
Uno de los barrios más típicos de la ciudad es el de la Judería o Melhaj, separado del resto de la población, aunque situado intramuros, y cuya única puerta de entrada, que se cierra por la noche y está vigilada por una guardia mora, da a la plaza de España, que es la principal de Tetuán.

De todas las industrias que allí se ejercen, la más desarrollada

es la de la fabricación de zapatillas o babuchas, que, a su vez, sostiene la de curtidos o tinte, habiendo calles enteras ocupadas por los que a ella se dedican, lo cual no es de extrañar por ser la babucha el calzado obligado de los árabes marroquíes, cualquiera que sea su condición social. Otra industria muy importante es la de las espingardas, notable principalmente por la división del trabajo, puesto que hay artífices especiales para los cañones, llaves y cajas.

También tiene bastante importancia la alfarería, sobre todo la fabricación de baldosines de colores, piecitas geométricas de diferentes formas con las cuales hacen los alarifes, combinándolas con sin igual destreza, dibujos simétricos en los pisos de las habitaciones, dinteles, alfizares, frisos, alizares, zócalos, columnas e impostas de algunos arcos. Los colores y el vidriado de estas piezas son de gran permanencia.

Las condiciones de la ciudad de Tetuán es de esperar que mejorarán rápida y notablemente, cuando empiece a regir el tratado franco español, por virtud de uno de cuyos artículos residirá allí el califa representante del Sultán en



Vista panorámica de la ciudad de Tetuán



Vista exterior del edificio en donde habitará el futuro alto comisario español

parece como que se anda entre tapias y pasadizos, fuera de todo centro de animada población. Contribuye asimismo al aspecto desagradable y repugnante de esas calles la costumbre de amontonar en la vía pública toda la basura que procede de las casas, lo cual es causa de que estén llenas de barro, inmundicia y escombros.

Esta suciedad es tanto más censurable cuanto que en Tetuán abunda el agua y son muchas las fuentes que hay en ella.

Las mezquitas son muchas, pero todas ellas mezquinas o pobres; la mayor se reduce a un humilde patio para las abluciones y a un salón bastante espacioso, cuyo techo está sostenido por arcos de herradura y columnas que nada de particular ofrecen.

Los edificios más notables de Tetuán son el palacio del bajá o gobernador, el del cadí, la aduana, la cárcel y el fondak del comercio; pero no pasan de ser



Interior del edificio en donde habitará el futuro alto comisario español

la zona de influencia española y el alto comisario español que intervendrá los actos del califa y será el intermediario único en las relaciones que éste, como delegado de la autoridad en dicha zona, habrá de mantener con los agentes oficiales extranjeros.—R.